

del lado suyo. Nunca hemos de murmurar del dominio absoluto que el Sumo Pontífice tiene sobre nosotros, pues le ha sido dado por Cristo y, obedeciéndole, obedecemos á su Señor; ni hemos de dudar que en su gobierno de la Iglesia es guiado por inteligencia superior á la humana." "Todo esto, dice á su turno el obispo Chatard, en menor grado se aplica también á la autoridad episcopal."

¡Queden tales palabras impresas para siempre en vuestras almas, y sean la regla de vuestra vida! Obedeciendo fielmente y en todo al Soberano Pontífice y á la jerarquía local, los católicos de los Estados Unidos están seguros de no perder jamás la fuerza y el vigor que han hecho tan grande y próspera á la Iglesia en estos últimos años.

Debo ahora daros las gracias por la paciencia con que habéis oído mi discurso; demasiado corto para la importancia del asunto; demasiado largo por lo que respecta á las facultades del orador. Os he hablado acerca de la Universidad de México: su rector, durante sus funciones, tenía todos los privilegios de un grande de España de primera clase. Yo, si pudiera, otorgaría honores iguales y aun mayores á vuestro propio Rector y, sobre todo, al Fundador de la Universidad de *Notre Dame*, el Padre General Sorin. ¡Envíe el Todopoderoso á ellos y á vosotros sus bendiciones más escogidas!

SERMÓN

PREDICADO EN LA SOLEMNE BENDICIÓN DE LA IGLESIA DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROBLE DE MONTERREY,
EL DÍA 8 DE SETIEMBRE
DE 1884.



Ædificavit domum suam super petram.

Edificó su casa sobre piedra.

MATTH. VII, 24.

NUESTRO Señor Jesucristo fundó de tal manera su Iglesia que, perfecta desde el principio, fuese, no obstante, susceptible de aumento y de mayor perfección hasta la consumación de los siglos. Así lo insinúa el venerable Beda, aunque refiriéndose tan sólo á la virtud de la humildad, cuando nos dice que Nuestro Divino Salvador quiere expresamente que su Iglesia, por mucho que haya aumentado el número de sus hijos, por dilatadas que sean las comarcas que haya reducido bajo su imperio, crezca continuamente más y más hasta el fin del mundo. *Ecclesiam suam quantalibet numerosita-*

te iam dilatata, tamen usque ad finem mundi humilitate vult crescere.

Los templos de la Nueva Ley, que no sin razón apellidamos *Iglesias*, son, así en su conjunto como en sus pormenores, viva imagen de la Iglesia de Jesucristo. El sagrado recinto significa la congregación de los fieles; las paredes, las Iglesias particulares; las piedras, los fieles individualmente; los cimientos representan á Cristo mismo y á los doce Apóstoles, en especial á Pedro. Es figura el campanario, por una parte de la Sagrada Escritura, verdadera torre de la Iglesia; por otra del Prelado, pastor y predicador, que sobre todos descuella, y debe ser de todos refugio y amparo. La cruz, los candelabros, las ventanas, el coro, el púlpito, las lámparas, todo tiene su mística significación. ¿Qué es el sagrario sino la imagen de la Virgen Madre, que llevó en su seno al mismo Dios que ahora bajo las especies de pan se encierra en el tabernáculo? ¿Qué es el altar sino el tipo de Cristo Señor nuestro, piedra angular, ungido con el Espíritu Santo?

Si así representan nuestros templos la verdadera Iglesia, ¿qué mucho que también se le asemejen en su historia? De esta suerte, casi no hay un templo en la Cristiandad que se pueda considerar acabado, ó que por lo menos no sea susceptible de ulterior ensanche, adorno y perfección. La soberbia Catedral de Colonia, como todos sabéis, por muchos siglos estuvo sin la elevada torre que se ha terminado hace poco; Florencia construyó hace cinco centurias su espléndida Basílica, con esa cúpula imponderable, que ni el mismo Miguel-Ángel pudo después superar; y hasta hace cuatro años la adornó con marmó-

rea fachada. ¿Qué digo? San Pedro mismo, San Pedro de Roma, no puede decirse ultimado ni con mucho, siendo su primitivo diseño una cruz griega, y no formando su recinto actual más que una cruz latina, de brazos mucho más cortos que los proyectados. Y con todo, están en realidad completos esos templos; el pueblo cristiano celebró con pompa y regocijo su inauguración, y cada año la conmemora con solemnes fiestas, por más que comprenda que nuevos mármoles, y monumentos, y estatuas, les darán mucho realce; que grandes como son, no corresponden todavía á la inmensidad de Aquel cuya casa se llaman; que por mucho que se haga, mucho todavía resta que hacer.

Bien comprendéis, Señores, adónde os conducen mis reminiscencias y observaciones. Acabáis de penetrar en un templo en que no se admiran aún capiteles dorados, ni columnas de bronce ó de jaspe. Sus paredes por fuera no están pulidas, y su fachada, de estilo indefinible y defectuoso, parece al mismo tiempo vieja y no concluida; ennegrecida por los años y apenas iniciada. Por otra parte, las dimensiones exteriores no corresponden al interior, y en vano se busca la cúpula que tanto adorna y engrandece esta clase de edificios. Pero nada falta á las bóvedas que cubren las tres espaciosas naves; y en el vasto recinto, mayor aún que el de nuestra Iglesia Catedral, el ara máxima y los demás altares se destacan majestuosos y elegantes respirando grandeza y novedad. En vista de tales contrastes natural es que os preguntéis: “¿Á qué hemos venido? ¿Á admirar los progresos de un edificio en construcción, ó á la dedicación de un templo ya terminado? Si lo primero, ¿por qué tanta so-

lemnidad y tanta algazara? Si lo segundo, ¿por qué se ha renunciado á dar á la Basílica las dimensiones del primitivo proyecto?"

No me sorprenden vuestras dudas; pero las breves palabras que habéis escuchado de mis labios os habrán sugerido ya la respuesta. El templo está acabado. Fundado á semejanza de la Iglesia, de que es figura, sobre sólida roca, construido con bien cuadradas piedras, es ya digno de servir de morada á la Divinidad. A semejanza también de la Iglesia, debe todavía dilatarse más, extenderse más, adornarse más. Ved ahí en el ábside provisional, trazadas por pincel de maestro, la futura cúpula y la cabeza de la cruz, tales como se levantarán un día, si el templo místico de vuestra religiosidad continúa tan firme como hasta aquí. Habéis venido, pues, á celebrar la dedicación de un templo, y de un templo suntuoso; pero también os he invitado á contemplar los trabajos llevados á cabo hasta el día, para que cobréis nuevas fuerzas, y sigáis con tezon contribuyendo á la obra grandiosa, hasta dejarla, en cuanto es posible, ultimada.

Al asistir á la inauguración de la nueva Iglesia que hoy consagramos á la Divinidad (os diré con San Agustín) comprendo que es preciso tributar á Dios Nuestro Señor homenajes de sublime alabanza, y dirigir á vuestra piedad un discurso apropiado á las circunstancias. *Dum novam constructionem sanctæ huius Ecclesiæ libenter attendimus, quam divino nomini hodie dedicamus, invenimus a nobis deberi et Deo nostro maximam laudem, et sanctitati vestre congruum de divinæ domus ædificatione sermonem.* La edificación de esta divina Casa, fundada como la del Evangelio sobre sólida piedra, será natural-

mente el tema de ambos puntos de mi discurso; pero en el primero me referiré principalmente á la construcción material, y en el segundo trataré de preferencia de vuestra edificación espiritual.

¡Virgen santa, venerada con especial culto en esta augusta Basílica! A tu amparo se debe la construcción de este templo santísimo: á tu auxilio deba yo en este día la edificación de mi pueblo, que te saluda con filial ternura.

AVE MARÍA.

I

La santa Iglesia, en los divinos oficios que nos prescribe para estas solemnidades, nos hace repetir á cada instante una expresiva antífona, compuesta, parte con la sentencia de la Escritura que he tomado por texto, parte con palabras de la misma Iglesia. "Esta es la casa del Señor firmemente construida, bien fundada se halla sobre sólida piedra," cantamos á la hora de maitines, repetimos á la de laudes y volvemos á entonar á las de prima y de tercia, de sexta y de nona. *Hæc est domus Domini firmiter ædificata, bene fundata est supra firmam petram*, rezamos en la misa; y en vísperas tornamos á cantarlo más de una vez. No extrañéis, por tanto, que lleno mi corazón de estas palabras y abundando en su sentido, no sólo me asomen á los labios á cada momento, sino que me sirvan como de pauta y de guía, al hablaros de la Basílica que hoy dedicamos.

No es, en efecto, la casa de un hombre, ni la propiedad de una creatura la que acabo de rociar con agua lustral. Aunque algo se parezcan las ceremonias que habéis presenciado esta mañana, y las bendiciones con que el Sábado de gloria se santifican la casas de los particu-

lares, ó en todo tiempo se inaugura entre cristianos un nuevo edificio, un puente, una calzada, un ferrocarril, muy diverso es el alcance de las místicas preces, diversas son las intenciones de la Iglesia, mucho muy diversos los efectos ante Dios y el derecho. Purifican las lustraciones eclesiásticas una mansión privada; pero de ninguna manera la arrebatan á su dueño, quien puede enajenarla á su beneplácito, destruirla ó incendiarla si le pluguiere. Ruega la Iglesia, al bendecir un camino, que aparte el Señor de los que por él transitan, todo peligro físico y moral; pero la vía continúa siendo propiedad del municipio, ó de la Nación, ó de los empresarios que la construyeron.

No así cuando bendice un templo. Al derramar el agua santa sobre sus paredes y pavimento, la Iglesia toma posesión del edificio á nombre de Dios Omnipotente, lo constituye propiedad exclusiva del Señor de los ejércitos, y lo sustrae al dominio de cualesquiera potestades terrenas. Libre fué el dueño primitivo del solar para darlo ó no darlo, libres fueron los constructores y contribuyentes para emplear ó no emplar su dinero en obra tan santa; pero una vez hecha la donación al soberano Dueño del universo, ya no es lícito revocarla. El que tal hiciera en todo ó en parte, se expondría á los castigos que sobre Ananías y Zafira, ó sobre el impío Heliodoro, hizo caer el cielo indignado.

No olvidéis, por tanto, que esta es Casa del Señor y no casa vuestra, *hæc est domus Domini*. Reverenciadla, cuidadla y protegedla. Es propiedad de Dios; pero Él quiere que vosotros os encarguéis de guardarla: vosotros, para cuyo provecho ha consentido en venir á habitar en